



## Miles de héroes en las calles

Ciudadanos de a pie lucharon hasta la muerte **PÁGINAS 4 Y 5**



## Independentismo en ultramar

Bolívar alienta movilizaciones desde Caracas **PÁGINA 7**

## El Rey, a merced de Bonaparte

Fernando VII y Carlos IV, 'rehenes' en Bayona **PÁGINA 8**



Multitud de madrileños fueron fusilados por los soldados franceses. El cuadro de Goya refleja la muerte de los que fueron llevados a la montaña del Príncipe Pío.

# Madrid se subleva contra Napoleón

Las tropas francesas pasan a fuego a cientos de personas al aplastar sanguinariamente la rebelión popular contra la ocupación de la capital

RAFAEL FRAGUAS  
**Montaña del Príncipe Pío**

Una cortina de furia y tristeza se abatió de madrugada sobre Madrid. La villa permanecía replegada sobre sí misma, lacerada por el dolor de los hechos acaecidos durante la jornada: un millar de cadáveres y agonizantes, entre vecinos y soldados franceses, estaban tendidos aún sobre las calles. Pocos habían tenido la fortuna de ser recogidos en carretas de las calles.

Madrid volvía ahora, entrada la noche, a estremecerse entre descargas de fusilería de pelotones franceses de ejecución que

con sus ecos de muerte y de lamentos llegaban desde la Montaña del Príncipe Pío. “¡Viva Fernando, viva España!” se oía gritar a los desdichados. Bajo un cielo granate, el antes ameno paisaje era ahora sombrío patíbulo de una bárbara venganza. 43 patriotas que permanecían alineados ante una tapia mampostera, acababan de entregar sus vidas a las tropas usurpadoras.

“¡Son demonios, han matado niños y mujeres y blasfeman sobre los muertos!” susurraba aún jadeante Juan Suárez al cronista, ocultos tras un alejado tapial mampostero de la hacienda regia, contigua la Monta-

ña, hasta donde él había gateado. Mientras era conducido a la muerte Suárez rodó por un talud y escapó.

Desde primera hora del día,

blandiendo armas cortas y alguna escopeta, gentes como él se habían atrevido a arrojar a las calles para impedir que las tropas de Napoleón, señor de

Europa, se adueñaran de la ciudad y de España.

En las filas de los que iban a morir se distinguía más de un muchachito cadete; una mujer de identidad desconocida; un tonsurado, Francisco Gallego, y, sobre todo, hombres graves, recios: jornaleros, aparceros, sastres, ordenanzas, algún empleado de palacio y el picapedrero Martín Ruicavado: a voces insultaba a quienes así le arrancaban la vida. Sólo les quedaba consigo la indómita valentía que mostraron en su aventura imposible de ayer, 2 de Mayo de 1808.

## EDITORIAL

### ¡Contra la invasión!

LA CATÁSTROFE que se fraguaba desde que Napoleón Bonaparte puso sus ojos sobre España se ha desencadenado, y ahora sólo cabe hacer frente a una espiral de muerte y destrucción de la que los franceses se resistirán a salir humillados y nosotros, los españoles, no podremos rendirnos sin sacrificar la libertad.

PASA A LA **PÁGINA 6**

PASA A LA **PÁGINA 2**



## Levantamiento contra las tropas francesas



El parque de Monteleón fue toda la mañana una prueba de heroísmo y coraje fraterno entre paisanos y artilleros. / NIN Y TUDÓ

VIENE DE LA PÁGINA 1

La sangre y la gloria galoparon ayer juntas por las calles de Madrid. El pueblo llano se alzó en armas contra Napoleón. Airado por los alardes de un ejército extranjero de 30.000 hombres que ocupa la ciudad y sus arrabales desde hace mes y medio, el vecindario se echó a la calle con determinación y coraje. “¡Castellanos, alzaos contra el tirano!” gritaban los chisperos que voceaban en los portales para reunir improvisadas tropas. Apenas armadas de palos, navajas y cuchillos, las partidas que iban agrupándose detrás de los más arrojados pugnaban desesperadamente por truncar a golpes el designio imperial de ocupar al completo la capital y enseñorearse por el territorio español. El vecindario madrileño consiguió evitarlo: durante unas horas.

La premeditada ocupación militar de Madrid por los soldados franceses se detuvo bruscamente. “¡Adelante, adelante!”, se oía gritar a los ancianos que así se dirigían a los jóvenes enardecidos que surcaban las calles en busca de armas. “¡Al arsenal de Monteleón!”, vociferaban estruendosamente.

La poderosa máquina militar francesa instalada en la villa y tendida en torno a la ciudad desde Getafe hasta Fuencarral y el Retiro, enmudeció paralizada por la sorpresa. La ferocidad se propagó por las calles. Con rabiosas embestidas, hasta quince partidas de vecinos desplegadas por otros tantos barrios de la ciudad, la emprendieron contra los invasores, enviados velozmente al centro de Madrid para sofocar el levantamiento.

Carniceros, guarnicioneros y empleados del matadero, cuchillo en mano, desjarretaban las patas de los caballos de los pom-

posos dragones de la Emperatriz, cuerpo a tierra los destriparon y aparearon imperiosamente a los jinetes sobre el suelo y allí los degollaron. Igual suerte corrieron los temibles mamelucos, turcos egipcianos de salvajes costumbres. Con sus afilados alfanges, que blandían con admirable destreza, no consiguieron frenar la marea humana que se precipitaba sobre ellos hasta darles muerte.

Hasta 56 reclusos que cumplen penas en la cárcel de la Villa también se ofrecieron a pelear. Dos desaparecieron, otro fue declarado prófugo y hasta 51 regresaron horas después a su encierro tras luchar bravamente. Pero Francisco Pico no volvió. Había peleado con rabia al grito de “¡Libertad, muera Francia!”. Con sus grandes manos descabalgó a un enemigo frente a la iglesia de San Sebastián, en Atocha, pero recibió el acero mortífero del feroz coracero que le atravesó la garganta.

Regueros de sangre surcaron la villa desde el Arco de Santa María, junto a la calle Mayor, donde comenzó la lucha a primera hora de la mañana, hasta la iglesia del Buen Suceso, en Puerta del Sol y el Prado de los Jerónimos.

Densas humaredas ensombrecieron la primaveral mañana. Los humos surgían del parque de Monteleón, al norte de Madrid, donde 16 artilleros al mando del capitán Pedro Velarde, de la Secretaría de la Junta Superior de Artillería, y un considerable gentío de vecinos enardecidos, plantaron allí dos baterías y se hicieron fuertes. Mujeres y niños de todo Madrid se incorporaron también a la lucha. “¡Mosquetes y munición para todos!”, gritaba a los cuatro vientos Felisa Candela, tabaque-

ra, mientras frotaba un cuchillo jamonero contra el pedernal de una fuente de la calle de San José. A su lado, su hija Micaela lloraba asustada entre sus faldones. El capitán Velarde se acercó a ellas. Cogió a la niña en sus brazos y le dijo a su madre: “Llévatela de aquí: ella tiene que ver un día a España en libertad”. Inmediatamente, volvió junto al cañón que había mandado instalar a la puerta del parque.

Superadas las primeras horas de sorpresa, Murat, lugarteniente de Napoleón en Madrid y cuñado suyo, ordenó el despliegue de miles de infantes y fusileros por la ciudad. Procedían de

### Un hijo de un general francés cae muerto, descalabrado

### “¡Mosquetes y munición para todos!”, gritaba Felisa Candela

### Medio centenar de presos salieron a combatir y después volvieron a la cárcel

siete cuarteles del casco madrileño y de otros tantos campamentos de la periferia, desde Getafe hasta Fuencarral. Su principal destino era el parque de artillería. “¡Zaleos, soltad a los reyes!”, voceaba un segoviano apellidado Roldán desde la acera de la calle del Noviciado. A su paso

por las calles eran recibidos con graneada lluvia de piedras, muebles y enseres que copiosamente caían sobre ellos desde balcones y terrazas. Un hijo del general Lagrange ha muerto así, descalabrado, en la calle del Barquillo.

La represión contra los paisanos comenzó entonces. Las casas de donde procedían los objetos arrojados eran inmediatamente asaltadas y quemadas, alguna con sus moradores dentro. Todo paisano detenido con armas u objetos similares era inmediatamente fusilado. Cada disparo encendía un nuevo chispazo de odio.

El fragor del combate se apoderó de la villa, estremecida de dolor y de rabia. Las más atroces escenas se vivieron en torno al cuartel donde los vecinos y un puñado de artilleros se había enrocado. Sus cañones disparaban contra los infantes y jinetes franceses. Miles de estos afrontaron el cañoneo y se dispersaron dejando muchas bajas. Sus lamentos surcaban las calles. “¡Ma mère, ma mère!”, gritaba un soldado agonizante a sor Pelagia Revut, una monja nacida francesa del convento de Nuestra Señora de las Maravillas que, con alguna de sus 15 compañeras, más cinco hermanas, asistía en la calle a cuantos habían sido abatidos.

Un marqués de Sástago, con su casaca azul de terciopelo hecha jirones, recorría las callejas próximas a Monteleón llamando a todos a la templanza y a la misericordia. “¡Deteneos, bajad el arma, todos sois hijos de Dios!”, gesticulaba el anciano, que fue retirado de un empujón por un chispero irritado. Su gesto se vio sepultado por el de un clérigo de la iglesia de Montserrat que, provisto de un trabu-

co, la emprendió contra varios oficiales franceses a los que disparó y remató luego. Pero la llegada incesante de refuerzos por la calle Ancha de San Bernardo hizo reagruparse a los ocupantes. Su cerco se hizo cada vez más prieto.

El fuego cesó en Monteleón cuando los proyectiles de los sublevados se acabaron. El capitán Velarde recibió un disparo a corta distancia que acabó con su vida. En una calle contigua, una jovencita costurera de Vallecas, Manuela, acudió en busca de su padre. Juan era panadero, hijo de un francés de Mialet, obispado de Clermont, pero se sentía más de Vallecas que ninguno. Por eso le encolerizó la presencia armada de los franceses en Madrid. Tanto que, esa mañana, se echó a la calle como el primero. “Padre, tenga cuidado”, le había dicho Manuela. Pero ella sabía que no le haría caso. Y por eso le siguió. Su padre estaba en una esquina, cargando un trabuco con tachuelas. Manuela le ayudó a completar la carga. Tras una descarga de fusilería desde un destacamento francés que avanzaba en su contra, muy cerca del parque de artillería, la calle quedó desierta. Padre e hija habían caído con el rostro ensangrentado.

Otros vecinos apuntan, sin embargo, que la joven Manuela falleció tras enfrentarse con sus tijeras de modista a dos soldados franceses que pretendían abusar de ella cuando la chica regresaba a su domicilio al finalizar su jornada en un taller de costura.

A toda prisa llegó al parque de Monteleón el correo Miguel Álvarez, al que el infante don Antonio de Borbón, tío del ahora rey Fernando VII, en nombre de la Junta que preside, lo enviaba



## Levantamiento contra las tropas francesas

al cuartel para detener los combates. El intento de tregua propuesto duró apenas unos minutos. Se vino abajo por el estruendo de un cañonazo. “¿Quién ha sido?”, gritó encolerizado el capitán patriota Luis Daoíz. Lo disparó el chispero Andrés Gómez Mosquera que no entendió el acercamiento de los parlamentarios a las fuerzas españolas que ocupaban el parque.

El general Lagrange, tras el cañonazo procedente del jardín del cuartel sitiado, vio avanzar hacia él al capitán Daoíz. El francés le insultó ignominiosamente: ¡Traître! ¡Cochon!, gritó. Indignado por la ofensa, Daoíz sacó su sable y se abalanzó en solitario contra el general, rodeado por una veintena de sus hombres. La escolta asateó con sus bayonetas al oficial español hasta dejarle exánime y agonizante sobre el pavimento.

La ira se apodera entonces de los españoles cercados en el parque. Poco a poco van siendo detenidos. El que se niega a someterse, es liquidado al instante. Un millar de cuerpos han quedado tendidos por las calles y plazuelas aledañas. Muchos heridos han sido rematados en el suelo. Los vecinos apresados en la refriega han sido escarncidos e insultados groseramente. “A empujones los conducen hacia el levante de Madrid, se cree que hacia el Buen Retiro”, decía poco después Florencio Bustillo, riojano, profesor en el Real Jardín Botánico.

Los hechos habían comenzado después de la amanecida en torno a la Puerta del Sol. Allí una voz —se supo luego que fue la de José de Blas Moreno, agente de confianza del duque del Infantado, mano derecha de Fernando VII— dio la alerta sobre el crimen que se perpetraba: “¡Al arma, al arma! Al infante Francisco de Paula se lo llevan a Francia!” gritaba con denuedo. Aquello despertó a los madrileños que quedaban sin comprometerse contra las tropas que se habían adueñado de la villa.

Al infante le habían precedido poco antes María Luisa, reina de Etruria, antes el ahora rey Fernando VII y su padre, desamistados desde la abdicación de Carlos IV tras la revuelta de Aranjuez por el secuestro de su tan amado general de su Guardia de Corps, el extremeño y válido Manuel Godoy.

Dicen que Napoleón Bonaparte Romolino, dueño de Europa, que el próximo 15 de agosto cumple 39 años, ha exigido la presencia en Bayona del último vástago del rey Carlos para reunir a la Corona hispana, dividida en fronda entre Godoy y Fernando, para cambiar la dinastía de los Borbones por la suya, la de los Bonaparte. Su poderoso ejército ocupa ya media España con el pretexto de cerrar la retaguardia a los ingleses en Portugal y ocuparlo. Mas el engaño ha encolerizado al pueblo. Bonaparte fue ayer desafiado por las gentes sencillas de Madrid. Sus tropas, humilladas. Sus oficiales, apeados a golpes de sus monturas y acuchillados por menestraleros y jornaleros. El orgullo del vencedor de Marengo veía pisoteadas sus invictas águilas a manos de aparceros, costureras y picaruelos. El ardiente griterío de las calles en combate, la densa humareda

de la fusilería y el rugir de los cañones no permitían ni a la atemorizada nobleza, ni al alto clero, ni al desarmado generalato español, vislumbrar lo que estaba en juego: la independencia de España.

Si lo intuyó con instinto, mismo desde el alba, el vecindario madrileño, harto de la pomposa presencia de su Serenísima Excelencia el lugarteniente y cuñado de Napoleón, Joachim Murat, duque de Berg, emparejado con Carolina, hermana del Emperador, y su formidable aparato militar

bles al atavío y al aparato militares. “En el límite de lo ridículo”, al decir de algunas señoras que le vieron cruzar por la calle de Toledo, por donde avanzaba impasible.

Pese a su natural altivez, el semblante del gran mariscal parecía tratar de señalar que la presencia de sus soldados en Madrid había de ser entendida como un episodio tranquilizador, tal y como algunos de sus adelantados habían pregonado entre los corros de curiosos antes de comenzar su desfile por las calles madrileñas.

zaron a sufrir la comezón de una inquietud imprecisa, aunque llena de malestar: 47 batallones agrupados en 16 regimientos adscritos a tres divisiones de Infantería, una de Caballería, más cinco baterías de Artillería, de quince piezas cada una de ellas; más la llamada y temible Guardia Imperial. Según cifra de la administración militar francesa, Murat manda una tropa de hasta 29.988 hombres.

Los franceses quedaron asentados en acuartelamientos del Pósito de Recoletos, en el Prado, en

pasó a manos del Ayuntamiento, a finales del pasado marzo. A su timorato corregidor, Pedro de Mora, asistido de 32 regidores dados a desaparecer ante situaciones complicadas, le fueron encomendados los preparativos para el recibimiento oficial al rey Fernando VII. Además, le correspondió aposentar y avituallar a los 12.000 foráneos que se instalaron dentro de Madrid.

El hallazgo de intérpretes resultó ser una tarea imperiosa, habida cuenta de la presencia de naturales de Polonia, Egipto, Irlanda, Italia, Suiza y Holanda, y de otros pueblos, entre la gente de armas francesa. Los traductores se hallaron en las Guardias Valonas del Cuartel del Conde Duque —por su tarea percibieron 22 reales surtidos por las arcas del Ayuntamiento— pero el apremio de las demandas de los soldados, entre largas esperas y la lentitud, explicable, en su satisfacción, generaba no pocos y peligrosos malentendidos. “Encima nos exigían que tuviéramos leña en nuestras casas”, contaba anoche Damián Acosta, getafense, al que le cayó encima el alojamiento de un sargento mayor de Dragones. “Un imbécil de Grenoble, que sólo come queso manchego”, añadía.

Crecía de manera inquietante la suspicacia de los madrileños, forzados anfitriones de una turba de aquel tamaño con su impedimenta, pertrechos, munición, armas y costumbres consideradas generalmente impías y poco respetuosas con los usos locales.

Madrid se hallaba, a la sazón, en los albores de la Semana Santa y la suspicacia francesa, dados los continuos roces que paulatinamente se iban generando en las calles, tabernas y comercios, llevó al cierre de numerosos templos, con el consabido enfado de los fieles y el enardecimiento de la baja clerecía que, en sus sermones, se hacía eco del malestar de los vecinos. “¡La impiedad ha ocupado la España!”, bramaba santiaguándose ante un grupo de fieles el pasado viernes Santo fray Honorio de la Cruz, un monje que moraba en la iglesia Real de la Virgen de Atocha.

Aposento y abasto de los franceses resultan medidas muy lesivas para los madrileños, habida cuenta de la estrechez de las casas de los vecinos, en las que se dispuso que la mayor parte de la tropa francesa se albergase. La forzosa cohabitación no preludiva nada bueno: el 12 de abril, Andrés López, párroco de una iglesia de Carabanchel, dio muerte a puñaladas a un capitán del Ejército de Napoleón alojado en su casa. En un primer momento, el párroco se salvó de morir por la protección eclesial, si bien los vecinos de su parroquia sufrieron crueles represalias a manos francesas. El 26 de abril, Antonio López, moledor de cacao, había apuñalado a un soldado francés en la plaza de Antón Martín. “Estos pícaros venían aquí a saquear los templos del Dios verdadero”, adujo López en su favor ante el juez que trató su caso.

¿Qué va a pensar Europa, sojuzgada por Bonaparte, si mira hacia la vieja capital española? Humillar al invicto desde 1796, es posible, como Madrid ha mostrado. También será posible, algún día, derrotarlo.



El plano señala los lugares de la capital donde se registraron los principales combates y la montaña del Príncipe Pío, escenario de los terribles fusilamientos.

desplegado en la villa: un mariscal en jefe, Moncey, con 18 generales franceses que, desde el 23 de marzo, rodean con sus tropas Madrid desde Fuencarral hasta Getafe. De cada diez soldados de la tropa francesa seis son bisoños. Ocupan ruidosamente varios grandes conventos, templos y cuarteles como el de la plaza de la Cebada o el de San Bernardino, semiabandonados por sus guarniciones españolas, hoy desperdigadas entre Aranjuez y Andalucía o bien acuarteladas en pequeño número y sin munición en el Gobierno militar, en la Puerta del Sol. En las fuerzas ocupantes figuran también veteranos prusianos, irlandeses, italianos y turco-egipcios.

Murat entró en Madrid al frente de sus tropas montado sobre un piafante caballo negro zaíno; el mariscal lucía un vistoso penacho, lustroso uniforme tachonado con hombreras de flecos dorados, brocados de filigrana y cintas que le dotaban de un aspecto especial: “*Acollonante*” susurró con sorna el marqués de Campoazul entre un grupo de señores sensi-

### Aposento y abasto de los franceses resultan muy lesivos a los vecinos

### Los madrileños estaban hartos de la pomposa presencia de Joachim Murat

### Qué va a pensar Europa, sojuzgada por Bonaparte, si mira hacia Madrid?

leñas. “Viene a pacificar a la dinastía”, comentaba un italiano que fue visto luego conversar con uno del séquito del mariscal.

Empero, una vez que se supo la magnitud de su ejército, los madrileños más avisados empe-

San Nicolás y en la plaza de la Cebada. El mismísimo Duque de Berg eligió para sí el palacio de Grimaldi, hasta hace bien poco habitado por Manuel Godoy, caído en desgracia, lugar muy indicado para sus intereses como lugarteniente del Emperador, dada la proximidad al Palacio Real.

Inmediatamente después de instalarse los soldados franceses en los cuarteles de Madrid, el 23 de marzo, comenzaron incidentes de distinto signo: una serie de robos unida a la actitud arrogante de los militares, acentuada por el mutuo desconocimiento de la lengua, más el natural pundonor de los madrileños y, sobre todo, las madrileñas, fue causa de numerosos conflictos. Algunos lo fueron de tanta gravedad que desde el Hospital General y del Buen Suceso se tiene hoy noticia de que hasta diez militares franceses murieron y otros cuatro resultaron heridos, en su mayoría, por arma blanca, hecho que subraya la dureza de las reyertas.

Los incidentes se acentuaron cuando la Intendencia de Policía



## Levantamiento contra las tropas francesas

# Batalla imposible para miles de héroes

Ciudadanos de a pie perdieron la vida tras luchar sin desmayo contra las tropas de Murat

S. A. / P. O. D., Madrid

Las revueltas ocurridas ayer tiñeron las calles de Madrid de rojo. La sangrienta jornada en la que miles de ciudadanos se rebelaron de forma espontánea contra la ocupación francesa acabó con centenares de ciudadanos muertos y fusilados. Otros tantos soldados franceses fueron asesinados con cuchillos, tijeras y otras armas improvisadas por la multitud que se levantó contra las tropas del general Joaquín Murat.

Los altercados comenzaron en las proximidades de la calle Mayor, donde grupos de manolos y chisperos se revolvían contra los galos. Personas de todas las procedencias, costureras, panaderos, herreros, labradores y curas, participaron en la refriega que se fue extendiendo por las callejuelas de la capital, el palacio Real, Sol, la Cebada, el Rastro o la Puerta de Toledo. Mujeres y niños desempeñaron un papel importante en el levantamiento de ayer. Uno de los combates más crueles se produjo en el parque de Artillería de Montealeón, en la calle de San Bernardo. Tras horas de lucha despiadada se impusieron los franceses por número a la valentía de los paisanos. Muchos fueron represaliados por la noche cuando las tropas francesas cortaron la revuelta. Cualquier ciudadano que portase algún arma o instrumento susceptible de matar era fusilado en el acto. Los personajes civiles más destacados de la jornada fueron:

CLARA DEL REY

### Una madre combativa

¡Morir matando...!, ¡No más esclavos!”, cuentan algunos testigos que gritaba ayer junto a los cañones del parque de Artillería de Montealeón la vallisoletana Clara del Rey. “¡Viva Fernando VII!.. ¡Viva España!”, dicen que aclamaba. Allí estaba ella, al pie del cañón, junto a su marido, Manuel González Blanco, sastre de profesión y con un establecimiento en la calle de Toledo, y tres de sus cinco hijos: Juan, Ceferino y Estanislao. A sus 42 años, Clara del Rey eligió su bando a conciencia: “¡La Patria está en peligro!”, jaleaba a los artilleros esta vallisoletana, la octava de diez hermanos, que llegó a Madrid huyendo del hambre y las malas cosechas. Según unas vecinas, Clara del Rey salió de su casa en busca de su marido y sus hijos al enterarse del levantamiento popular contra la soldadesca napoleónica.

La refriega fue larga y encarnizada para Clara del Rey, hasta que el casco de una bala de cañón impactó en su frente causándole la muerte. Según unos supervivientes, la mujer acercaba municiones a los soldados y paisanos. Esta ciudadana, que deja a dos hijos huérfanos —el resto murió ayer en Montealeón—, será enterrada hoy en el cementerio de la Buena Dicha, entre las calles Libreros y Silva.



Un grabado de Álvarez Dumont refleja los combates en las calles. Tendida en el suelo, Manuela Malasaña.

## Móstoles clama por Madrid

D. B., Madrid

Bajo el solemne bando dictado ayer por la tarde en Móstoles alertando a los españoles de la toma de Madrid por los franceses figuran dos firmas. Una, la de Andrés Torrejón. La otra, de Simón Hernández. Son los dos alcaldes de la localidad. Torrejón, la cara más visible, ha sido elegido por el estamento noble, aunque se trata de un labrador de 72 años. Accedió al cargo porque ningún noble se presentó. Hernández también es labrador. Ambos fueron convocados por el jurisperito Juan Pérez Villamil y Paredes para que rubricaran un manifiesto contra la ocupación de las tropas francesas.

Según varias fuentes, Pérez Villamil descansaba ayer en su casa de Móstoles mientras celebraba su 54 cumpleaños. Había partido de Madrid una semana antes ante la es-

calada de la tensión después de que el general francés Murat decidiera trasladar a la familia real hacia Bayona (Francia). El jurisperito, académico de Historia y de la Lengua, paseaba ayer por los campos del municipio cuando sorprendió a un emisario que llevaba órdenes para Andalucía y Extremadura: tenía instrucciones para evitar que se interceptaran los movimientos de destacamentos galos. “Muy preocupado”, convoca a algunos vecinos “notables” del municipio.

Villamil confirma sus sospechas y se entera de la “tragedia que está ocurriendo en Madrid”, a través de Esteban Fernández de León, un alto cargo del Estado y amigo suyo. En ese momento decide redactar el bando. Un escueto mensaje de rebeldía cuyo texto reproducimos: “Señores Justicias de los pueblos a quienes se presentase este ofi-

cio, de mí el Alcalde de la villa de Móstoles: Es notorio que los Franceses apostados en las cercanías de Madrid y dentro de la Corte han tomado la defensa sobre este pueblo capital y las tropas españolas; de manera que en Madrid está corriendo a esta hora mucha sangre; como Españoles es necesario que muramos por el Rey y por la Patria, armándonos contra unos pérfidos que, so color de amistad y alianza, nos quieren imponer un pesado yugo. Después de haberse apoderado de la Augusta persona del Rey, procedamos, pues, a escarmentar tanta perfidia acudiendo al socorro de Madrid y demás pueblos y alentándonos, pues no hay fuerzas que prevalezcan contra quien es leal y valiente como los Españoles lo son. Dios guarde a Ustedes muchos años. Móstoles, dos de Mayo de mil ochocientos y ocho”.

MANUELA MALASAÑA

### Costurera

No alcanzó a llegar a su casa del número 18 de la calle de San Andrés. La joven bordadora Manuela Malasaña, de apenas 15 años, fue fusilada anoche por soldados franceses, en el barrio de las Maravillas, muy cerca de su hogar. Las primeras informaciones apuntaban a que la joven chispera habría muerto mientras ayudaba a su padre, Juan Manuel Malasaña, a defender el parque de Artillería. Manuela y su madre, María Oñoro, estuvieron codo con codo junto al patriarca de la familia, facilitándole los cartuchos para que disparara con su trabuco. Manuela ayudaba a los paisanos que luchaban dándoles de beber de una bota, según algunos de los supervivientes.

Hasta que Manuela recibió un disparo mortal. Y a pesar de tener el cadáver delante, Juan Manuel Malasaña continuó disparando, con lágrimas en los ojos, hasta que se quedó sin munición.

Sin embargo, informaciones posteriores puntualizan que la joven no salió del taller de costura donde trabajaba hasta el anoche. Varios testigos relatan que la dueña del establecimiento impidió a sus trabajadoras salir del edificio, ante el peligro que suponía el intercambio de tiros que se produjo ayer en toda la zona. Esas mismas fuentes sostienen que la joven fue detenida por una pareja de soldados franceses cuando se aproximaba a su domicilio ya de noche.

Los dos hombres trataron de abusar de la chiquilla. Pero ésta, en un gesto de valentía, sacó de su faltriquera unas tijeras que utilizaba para su labor y se defendió con ellas. Esta acción fue la causa directa de su muerte.

Las tijeras han sido consideradas como prueba de cargo, porque desde ayer el uso de un arma ofensiva contra el Ejército francés es causa de fusilamiento. Así lo establece el Decreto de Guerra firmado por Murat, que entró en vigor esa misma tarde. Manuela Malasaña, que en la relación de víctimas aparece como la número 74 de los 409 muertos, será enterrada en los próximos días en el cementerio de la Buena Dicha, en la calle de Silva.

Otros civiles que cayeron ayer en Madrid en la batalla de Montealeón son: la maja Ramona García, de 34 años; la malagueña de 50 años Juana García; Francisca Olivares y Juana Calderón, el tahonero Amaro Otero y el vecino Vicente Fernández. Fallecieron también los panaderos Guillermo Degrenon, Pedro del Valle y Antonio Vigo. Y la viuda María Beano, que falleció al tratar de alcanzar el cuartel para ayudar en su defensa. También murió ayer el niño de 11 años Pepillo Amador, que pasó toda la mañana ayudando a sus hermanos Antonio y Manuel. Son sólo algunos de los héroes que participaron en la batalla imposible contra las tropas francesas.



## Levantamiento contra las tropas francesas



El velatorio de los capitanes Luis Daoíz y Pedro Velarde en la cripta de la iglesia de San Martín. / ÓLEO DE JOSÉ NÍN Y TUDÓ

# Daoíz y Velarde, dos almas unidas al pueblo

Algunos militares desoyeron la orden de no combatir

J. S. G. / D. V. , Madrid

Los militares españoles destinados en Madrid, unos 4.000 infantes y menos de 2.000 jinetes, tenían órdenes de la Junta de Gobierno de permanecer alerta en sus puestos con las armas descargadas y evitar cualquier refriega con los franceses. La junta había prohibido cualquier enfrentamiento. Pero un pequeño grupo de soldados sintió la responsabilidad de ponerse de lado del pueblo:

LUIS DAOÍZ

### El capitán de artillería

Luis Daoíz, sevillano de 41 años, murió ayer a consecuencia de las heridas provocadas por las estocadas de sables y bayonetas que la soldadesca francesa le infligió ayer en la defensa del parque de Artillería de Monteleón. Daoíz luchó con valentía durante tres horas contra las tropas del general Lagrange para defender el acuartelamiento, situado en la calle de San Bernardo. Siete soldados franceses le dieron muerte cuando estaba malherido y con una bala alojada en la cadera. El oficial fue enterrado en secreto en la iglesia de San Martín, junto a su compañero

Pedro Velarde. Al comenzar el día, Daoíz estaba destinado, junto con una docena de soldados españoles, al parque de Artillería, que estaba controlado por un destacamento de 80 soldados franceses.

Daoíz, de baja estatura, tez morena y grandes ojos, tenía carácter reflexivo y templado.

El oficial dudó hasta el último instante si batirse contra los franceses o acatar las órdenes de la Junta de Gobierno, pero su patriotismo, al ver cómo los soldados galos trataban sin compasión al pueblo madrileño, inclinó la balanza. El capitán tenía una vasta formación militar, amplios conocimientos en matemáticas, y grandes dotes tácticas. Su disposición de los cañones en la puerta del parque de Artillería fue decisiva para contener durante más de tres horas a las tropas francesas. Podía hablar latín, inglés y francés, aprendiendo durante su cautiverio en Toulouse tras la guerra del Rosellón y durante sus años de formación en un colegio jesuita en Sevilla. Daoíz estaba a punto de casarse con una joven de la nobleza de Utrera. La mujer se ha retirado a un convento desconsolada por la pérdida de su prometido.



Retrato del teniente Ruiz. / ENRIUS

## Unos 70 soldados españoles dieron armas a los paisanos y lucharon a su lado

PEDRO VELARDE

### Capitán de artillería

El capitán de artillería Pedro Velarde, 28 años, murió de un balazo a bocajarro en el pecho mientras defendía el cuartel de Monteleón. Velarde, experto en artillería, era capaz de calcular a qué velocidad vuelan las balas. Las que matan y las que pasan de largo, pero no pudo calcular

logró neutralizarlo sin siquiera desenvainar su sable. De espíritu ardiente, Velarde distribuyó eficazmente por el cuartel a los dos centenares de paisanos que habían ido a Monteleón a luchar contra los franceses. El capitán cayó fulminantemente en la puerta del cuartel donde resistía el embate de los franceses. Su cuerpo sin vida fue envuelto en una lona de campaña y trasladado a la iglesia de San Martín.

JACINTO RUIZ

### Teniente

El teniente Jacinto Ruiz Mendoza (Ceuta, 16 de agosto de 1779) resultó herido muy grave ayer durante el enfrentamiento que encabezaron los capitanes Daoíz y Velarde en el acuartelamiento de Artillería. Ruiz comenzó mal el día; se encontraba indispuerto y sólo los graves altercados lo llevaron a levantarse de la cama e incorporarse a su puesto en la tercera compañía de Voluntarios del Estado del capitán Goicoechea. El teniente entró en el parque de Artillería junto a Velarde, a las órdenes de éste obligó al destacamento galo que controlaba el acuartelamiento a deponer las armas. Al deponer las armas las tropas francesas, Ruiz retiró los mosquetes y pistolas a la soldadesca y las repartió entre el pueblo que acudía dispuesto a desafiar a los franceses. El teniente quedó a cargo de la custodia de los soldados de Murat.

Durante la resistencia, el teniente recibió un balazo en el brazo izquierdo mientras dirigía un cañón contra las tropas francesas. En una segunda refriega fue herido por un disparo de mosquetón que le entró por la espalda y le salió por el pecho. Algunas fuentes aseguran que llegó a su casa y que es atendido por el doctor José Rives.

la trayectoria de la que acabó con su vida. Un oficial polaco de la guardia noble del Ejército napoleónico le disparó con una pistola. Velarde estaba destinado en el Estado Mayor de Madrid.

Pero ayer, cuando este cántabro escuchó los primeros disparos de las tropas francesas contra el pueblo, sintió cómo le hervía la sangre. "Es preciso batirnos; es preciso morir; vamos a batirnos con los franceses", aseguran unos testigos que comentó antes de dirigirse, con tan sólo 37 hombres, al parque de Artillería para dar armas al pueblo. Allí se topó con el destacamento francés que controlaba el cuartel y que triplicaba en número a sus seguidores. Velarde



## Levantamiento contra las tropas francesas

# ¡Contra la invasión!

Las irresponsables querellas familiares entre Carlos IV y Fernando VII han favorecido el error

VIENE DE LA PÁGINA 1

La política de Napoleón hacia nuestra patria se ha basado en un doble desprecio: desprecio a la dinastía y desprecio a los españoles. Las irresponsables querellas de familia entre Carlos IV y su hijo Fernando han propiciado el error del Emperador, que ha creído que bastarían las intrigas palaciegas para someter a un pueblo. Su gravísimo error ha provocado que España corra hoy la misma suerte que tantas otras naciones europeas, anegadas en sangre por la ambición del trono imperial de Francia.

Los madrileños se han levantado contra un poder extranjero que pretende imponernos un Gobierno y una monarquía afín a sus intereses. El general Murat se ha servido del levantamiento para llevar a cabo una represión que pretende ir más allá de la pacificación de Madrid. Los muertos y heridos que han provocado sus tropas, en un criminal alarde de fuerza contra hombres y mujeres pobremente armados, quiere dejar establecido mediante el terror que la suerte de España está en manos de Francia. Ha sido Murat quien ha fijado, pues, los trágicos términos en los que se desarrollará esta lucha, que no ha terminado sino que comienza en Madrid. Otras potencias, como Inglaterra, saben también lo que se juega en el interior de nuestras fronteras y se verán, tarde o temprano, llamadas a intervenir para impedir que la Francia de Napoleón decida el destino de Europa. El Tratado de Fontainebleu, por el que nuestro rey autorizó el paso de los ejércitos franceses en su camino hacia Portugal, no sólo fue una ingenuidad que permitió que Napoleón se instalase en España, sino un error político que ha encadenado nuestra patria a un juego de intere-

ses europeos en el que, dada nuestra debilidad y nuestro atraso, no podemos hablar con voz propia.

Contra la invasión francesa todos estamos llamados a actuar como españoles. Pero, como españoles, no debemos perder de vista que el sentimiento indestructible que nos une es el rechazo de la invasión, no el acuerdo sobre el régimen político que queremos para nuestra patria una vez libre del invasor. La condena de quienes desean la reforma de España, aumentando su libertad y su progreso, parte de un equívoco monstruoso que teníamos que haber desterrado hace demasiado tiempo, pero mucho más en circunstancias tan dramáticas como las actuales. No nos hace españoles el hecho de profesar una religión ni tampoco la defensa de la monarquía absoluta; nos hace españoles el haber nacido en España y también el amor que le profesamos, cada cual desde nuestras creencias religiosas, cada cual desde nuestras ideas políticas.

Entre los muchos estragos que produce la guerra está olvidar que la paz regresará algún día. Las generaciones futuras aprenderán, sin duda, a convivir en pie de igualdad con Francia, y ese será su deber, como el nuestro consiste hoy en combatirla. Pero seremos nosotros, los españoles que hacemos esta guerra porque nos la hacen, quienes tendremos que decidir el futuro de nuestra patria. Todos y cada uno de nosotros habremos ganado el derecho a ser libres. Pero habrá seguramente quien, llegado el momento de la paz, se atreva a afirmar que el sacrificio de los absolutistas vale más que el de los liberales, a los que insultan con el nombre infamante de afrancesados. Pero no serán los patriotas, sino los fanáticos, quienes harán tan viles distinciones.

## Sojuzgar en nombre de la libertad y la igualdad

NAPOLEÓN NO puede triunfar, pero Francia siempre será Francia. La aventura imperial que está sembrando la guerra en Europa es, sin duda, un resultado de la Revolución de 1789. Otros resultados también eran posibles, pero Napoleón los ha frustrado en Europa con su política de injerencia y anexiones, lo mismo que, antes de él, los frustró el Terror en el interior de Francia.

Aunque el emperador se presente como el heredero universal de la Revolución de 1789, en realidad sólo lo es de su realidad más contestada, de sus medios más despóticos. Los ideales originarios de la Revolución han movilizadado contra el antiguo régimen a los mejores espíritus europeos, y acabarán por dar fruto algún día. Pero para eso será necesario haber derrotado a Napoleón y separar sus ambiciones belicosas de los nobles ideales que ha enarbolado como excusa. Es un contrasentido que Francia pretenda sojuzgar a otras naciones en nombre de la libertad, la igualdad y la fraterni-

dad. Y si lo hace es porque, previamente, Napoleón ha tenido que privar de esos mismos ideales a los franceses, erigiéndose en gobernante incontestado.

Es necesario que la paz vuelva a reinar en Europa y, para ello, las grandes potencias tienen que alcanzar un acuerdo para convivir civilizadamente, cada cual dentro de sus propias fronteras. Napoleón se ha convertido en el principal obstáculo, porque no se conforma con llevar a la práctica su proyecto político en Francia y sueña con extenderlo por todo el continente, para mayor gloria suya. Pero la derrota de Napoleón Bonaparte no puede servir de coartada para sojuzgar a Francia, como tampoco puede convertirse en la excusa para reafirmar los principios caducos del antiguo régimen.

Los extravíos internacionales de Napoleón no dan la razón a los absolutistas, entre otras razones porque él se ha convertido en el más absoluto de los monarcas europeos.

## FORGES



## El motín de Aranjuez abrió una nueva era

JORGE M. REVERTE

Avanzada la noche del día 17 de marzo de 1808, la plebe enfurecida de un pequeño pueblo madrileño, Aranjuez, se echó a la calle y saqueó las casas del hombre más poderoso del país, Manuel Godoy, y sus hombres más cercanos. Los hombres y mujeres gritaban pidiendo la muerte del valido del rey y aclamaban a su hijo Fernando, príncipe de Asturias. A la indignación que mostraba el populacho contra sus dirigentes se sumó la tropa acantonada para la defensa del real sitio. Tras su ira se escondía la de una nobleza alarmada por la presencia de las tropas francesas que atravesaban el país con el objetivo teórico de ocupar Portugal. Esos nobles ven que el objetivo real de los ejércitos de Napoleón es apropiarse del país y secuestrar a la familia real.

En 1808, España es cualquier cosa menos un Estado. Los campos de casi todo el país, donde los campesinos perecen de hambre y epidemias, son territorio libre para los bandoleros; el comercio con América languidece de forma escandalosa debido al bloqueo naval británico; en México, en Cuba, en los Andes, se fraguan revueltas contra el poder de la metrópoli.

Gobernaba Manuel de Godoy, presunto amante de la reina María Luisa, mujer de Carlos IV. Le llaman sus partidarios El Príncipe de la Paz. Y se ha ganado a pulso una triste fama de hombre ineficaz y de ambición desmedida. Sus mayores méritos consisten en haberse hecho con los favores del rey cornudo. El resto de sus actos carece de toda gloria. Su nefasta acción de gobierno había llegado a la culminación en la aventura de haberse aliado con Francia para combatir a Inglaterra, lo que se concretó en la derrota de Trafalgar, que acabó para siempre con la potencia marítima española.

Godoy, apaleado y humillado, no fue la única víctima. Su ministro de Hacienda fue linchado por campesinos airados en La Mancha. Y el propio Carlos IV tuvo que abdicar en su hijo cuando el motín se extendió a Madrid y fue apoyado allí por el ejército.



Manuel Godoy. / ENRIUS

En tres días, el pueblo sublevado acabó con un reinado corrupto e ineficaz y consiguió que reinara un joven Fernando, que debía haber llevado al país a una nueva etapa de buen gobierno y de independencia de los deseos imperiales de Napoleón.

Las tropas francesas al mando del mariscal Murat, que pronto se revelaron como un ejército de ocupación, se encontraron pronto con un pueblo que les mira con desconfianza y hostilidad abierta. Su genial líder, repleto de buenos propósitos ilustrados, había cometido el error de querer imponer las ideas de la Revolución de 1789 por la fuerza.

Un mes y medio después de los hechos de Aranjuez, el 2 de mayo, Madrid se ha vuelto a sublevar para impedir que el hijo menor de Carlos IV fuera raptado por los franceses.

El 17 de marzo se encarnó la paradoja de que el pueblo cambió la política sin ser invitado, pero, al contrario que en París, no luchó por su libertad, sino para salvar a su rey absoluto. Fue un gesto patriótico, de soberanía, que aunó a los absolutistas con muchos liberales. Pero en Aranjuez se abrió una época nueva: se demostró que la plebe podía cambiar las cosas.



## Levantamiento contra las tropas francesas

# Se extiende la rebelión

Los combates en Madrid alientan la lucha contra los 100.000 ocupantes franceses

MIGUEL ÁNGEL VILLENA  
Madrid

La sublevación madrileña de ayer, que previsiblemente tendrá una amplia repercusión en toda España, marca un punto de inflexión en la relación con la presencia francesa en nuestro país. No obstante, los levantamientos populares salpican todo el país con una cadencia muy irregular, del mismo modo que la ocupación de las tropas francesas se está produciendo de una forma paulatina y concentrada en diversos escenarios. Los vaivenes bélicos, los alineamientos políticos y las intervenciones de otros países, como Inglaterra y Portugal, complican el panorama del conflicto.

En la actualidad, algo más de 100.000 soldados franceses se encuentran desplegados, a las órdenes del mariscal Murat, en cinco frentes: Lisboa, Toledo, los alrededores de Madrid, la ruta vasco-castellana hacia la capi-

tal, y Barcelona. El contingente de Portugal, integrado por el Primer Cuerpo de la Girona está al mando de Junot, mientras la zona toledana está dirigida por Dupont. Entretanto, Moncey encabeza las fuerzas cercanas a la capital de España, Bessieres custodia el camino a Madrid y, por último, Duhesme se mantiene en Barcelona con las tropas de los Pirineos orientales que mantienen una precaria comunicación con Francia.

De este conjunto de fuerzas militares napoleónicas, una tercera parte son veteranos del Ejército regular y el resto uniformados menos preparados, que integran legiones de reserva y regimientos provisionales y de marcha. Los jefes militares franceses tienen previsto aumentar los efectivos del Ejército de ocupación hasta alcanzar una cifra cercana a los 200.000 hombres antes de la llegada del verano. Estos refuerzos significarán una relación de 1,5 a 1 con respecto a los uniformados españoles que

agrupan a unos 100.000 en tropas regulares y a unos 30.000 en milicias urbanas.

Este contingente español no incluye a las numerosas partidas guerrilleras que están surgiendo en muchas zonas de España. Esta irrupción guerrillera, que se ha convertido en una auténtica revolución y que engloba a grupos muy heterogéneos,

### Las tropas de Napoleón se centran en controlar las ciudades

está trastocando las estructuras del Ejército español, que hasta ahora ha estado mandado por aristócratas. Esta guerra de guerrillas ha derivado en un permanente hostigamiento para las tropas francesas, que tienen órdenes de controlar sólo las ciudades y descuidan, por ello, los

caminos y las comunicaciones. El desgaste está resultando todavía mayor para los imperiales si consideramos que la doctrina de Napoleón ordena que sus ejércitos financien su propia guerra a partir de los saqueos, los robos y la incautación de bienes y haciendas. Esta política provoca constantes enfrentamientos con los españoles.

No obstante, la actual superioridad militar francesa no obedece sólo a un número mayor de soldados, sino también a la movilidad que permite un ejército organizado en divisiones, una fórmula muy novedosa que consiste básicamente en grandes unidades autónomas que están preparadas para la marcha y el combate e integran a todas las armas. Ahora bien, esa ventaja inicial se está diluyendo por la resistencia española a los designios del emperador, por los reveses sufridos, por la creciente oposición popular al expolio de guerra y por la necesidad francesa de atender otros frentes.

## La flota inglesa bloquea la entrada al puerto de Cádiz

ROMÁN OROZCO, Cádiz

El gobernador autorizó ayer que un niño de cuatro años, mitad blanco y mitad negro, pueda ser exhibido con el fin de recaudar fondos para liberar a su padre, cautivo. El infante, de cuatro años, tiene cara, pies y brazos de color blanco, y el resto del cuerpo es negro como el carbón; a modo de pelo muestra unas cerdas rubias iguales que las de los cochinos. La entrada a la casa donde mora cuesta un real de vellón.

Ésta era la noticia más curiosa ayer en Cádiz, aunque otros acontecimientos más relevantes ocuparon la atención de los gaditanos. En los centros de reunión, como el café Apolo, se comentaban las últimas medidas tomadas por los gobiernos del continente contra el comercio inglés.

Los ingleses, cuya flota aún bloquea la bahía gaditana, van a tener serias dificultades para proveerse de cuantas materias primas necesitan para su desarrollo. El joven escritor gaditano Antonio Alcalá Galiano comentaba que a los ingleses les faltarán, además de nuestros vinos, materias primas fundamentales para su desarrollo: lino, cáñamo, lana merina, maderas de construcción, betunes, cochinillas...

De ahí derivó la conversación hacia la abundante presencia de tropas extranjeras en Cádiz. Ayer se hallaban presentes en la bahía tres flotas: la española y la francesa, mezcladas y en buena armonía, y la inglesa, bloqueando la entrada a puerto.

Hay, además, cuatro regimientos de infantería, aunque el capitán general de Andalucía, don Francisco Solano, se halla estos días ausente de Cádiz, ocupado en la campaña portuguesa. A los miles de marinos y soldados se suman los 60.000 civiles. Algo menos que en el pasado siglo, el más glorioso para Cádiz, cuando el comercio con las Indias pasaba en casi su totalidad por nuestro puerto y llegaban mil barcos al año. Pero la decadencia de la ciudad no se produjo porque acabara el monopolio del comercio con las Indias, sino por las guerras con Inglaterra. A pesar de todo, sobreviven muestras del antiguo esplendor. Ayer estaban amarrados en los muelles casi un centenar de navíos con destinos tan dispares como La Habana, Cartagena de Indias, Portobelo, Santiago de Cuba, Montevideo, Buenos Aires, Estados Unidos y varios países europeos.

Esta masiva presencia de extranjeros hace de Cádiz una ciudad abierta. Hay muchos ilustrados que ven en Francia el progreso y el desarrollo, frente al oscurantismo de Carlos IV, al que consideraban "débil y necio".



Napoleón, victorioso tras derrotar en la batalla de Austerlitz a las tropas rusas y austriacas en diciembre de 1805. /ÓLEO DE FRANÇOIS GÉRARD

## Vientos independentistas en ultramar

Simón Bolívar y José Félix Ribas alientan movilizaciones desde Caracas

JUAN JESÚS AZNÁREZ, México

A mediados de enero llegó al puerto de Veracruz un bergantín con pliegos del Consejo de Indias, el ministerio de colonias americanas, y con noticias que alarmaron a los españoles y criollos contrarios a las concesiones españolas a Napoleón Bonaparte, preocupados por el progresivo *afrancesamiento* del gobierno realista. Los informes difundidos en Nueva España decían que el 18 de octubre del pasado año una división francesa, a las órdenes del general Delaborde, había cruzado los Pirineos, rumbo a Portugal, en cumplimiento de la alianza con París.

El despliegue galo en la península refuerza las ambiciones de gente como los mantuanos Simón Bolívar o José Félix Ribas, empeñados, desde Caracas, en agrupar a las provincias de ultramar y hacerlas independentes aunque sea a costa de una guerra. Todos ellos invocan las ideas liberales del movimiento de independencia de las trece colonias de Norteamérica y leyeron a fondo a los ilustrados de la revolución francesa. Otros grupos ilustrados, aristocráticos o adinerados del virreinato de Nueva España y Nueva Granada, y en las capitanías de Cuba y Puerto Rico permanecen expectantes, celebran actos de afirmación patrióti-

ca, maldicen a Manuel Godoy o porfían sobre sus negocios o el destino de las rentas indianas ante una eventual dominación de Francia sobre España.

Las noticias sobre lo que pueda ocurrir en la metrópoli no son del todo claras porque los barcos con información fiable tardan en llegar entre dos y cinco meses. Las cosas, a veces, se deforman y algunos clérigos ya anticipan el advenimiento de una España, ungida a Francia, atea y libertina. La derrota de Trafalgar, hace tres años, en la que Madrid y París perdieron su flota de guerra frente a los ingleses, explica en buena medida la actual agitación social y

política, españolista, autonomista o secesionista, en Indias. Es así porque el desastre naval tuvo consecuencias graves. La alianza hispano-francesa de 1800 resulta bastante pernicioso, a ojos de muchos españoles y criollos. Inglaterra, crecida, atacó el flanco americano del imperio español.

A los indios y mulatos, el curso de los acontecimientos no parece preocuparles en demasía, pues las decisiones sobre su futuro apenas les pertenecen. No es así en el caso de los nobles y los españoles y sus hijos nacidos en América, los criollos, que cuidan cuantiosas fortunas e intereses comerciales en las colonias.



## Levantamiento contra las tropas francesas

# La familia real, a merced del emperador

Napoleón podría asumir el trono de España para cederlo a uno de sus hermanos

JOSÉ LUIS BARBERÍA

Bayona

Finalmente, la entrevista entre la familia real y el emperador Bonaparte no ha tenido lugar en Burgos, ni en Vitoria y tampoco en la isla de los Faisanes, el islote de soberanía compartida situado en la desembocadura del Bidasoa. Ese encuentro se está produciendo en la francesa villa de Bayona, cinco leguas más allá de la frontera, sin que el ejército español pueda respaldar a su monarca en las cruciales negociaciones que se avecinan. Aunque la confusión es grande y circulan los más inquietantes rumores, es un hecho que, de mejor o peor grado, Carlos IV y su hijo Fernando VII han accedido a que el emperador francés ejerza de árbitro supremo en su disputa familiar por el trono de España. Sus majestades Carlos y María Luisa llegaron hace dos jornadas a este puerto fluvial de menos de 14.000 almas fuertemente escoltados por el ejército francés y sin apenas séquito real.

No puede decirse que su llegada, el pasado sábado día 30, haya sido una avenida triunfal. Las ramas de laurel y de boj que engalanan las calles del poblado de marismas inundadas por el Adour y la Nive sólo dan testimonio tardío del apoteósico recibimiento que los bayoneses dispensaron a su emperador el 14 de abril. Arrastrados por la curiosidad y bajo las instrucciones del alcalde Detchegaray, los hendayeses recibieron a los monarcas en la puerta de España y, a falta de mayor cortejo, les sirvieron de comitiva hasta el palacio de los gobernadores, donde han sido alojados. Nadie quiso perderse semejante acontecimiento, pero a fe que el espectáculo no tuvo el brillo esperado. Familiarizados ya con los caballos polacos de pura sangre de la guardia napoleónica, los bayoneses señalaban a los tiros de mulos que arrastraban los carruajes de la comitiva e intercambiaban son-

### Bonaparte no se molestó en salir al encuentro de Fernando VII

risas sobre la carroza real, una antigualla, a su parecer, porque se asemeja, dicen, a las que han visto en los grabados de Felipe IV El Hermoso, rey de Francia hace 500 años. Los 40 furgones sellados que contienen los muebles, el vestuario y los objetos personales de los monarcas aventaron pronto las insidias. "Se han traído el tesoro de España", comentaba con fruición el vulgo plebeyo de las tabernas, ignorante de que los mulos cargan también con un completo juego de piezas de cerámica de Aranjuez destinado a decorar la mesa de su emperador.

Al menos, Bonaparte ha dispensado a Carlos IV los preceptivos honores: 60 salvas de artille-



La familia de Carlos IV retratada por Francisco de Goya.

## Una ratonera en Bayona

J. F. J.

Parece incomprensible que la familia real no haya tenido más luces para encontrar una salida distinta a sus pleitos internos. La presencia de todos sus miembros en Bayona para que Napoleón resuelva la crisis generada a raíz del motín de Aranjuez —con la abdicación de Carlos IV en favor de su hijo Fernando VII— resulta de una ingenuidad y una ignorancia ofensivas para el pueblo español. Si el emperador, con el que fuimos aliados en la estrepitosa derrota de Trafalgar, ha convocado a Carlos IV y los suyos, el valido Godoy entre ellos, a esta población francesa no es para actuar como un juez de paz. Por toda Europa corren informaciones indicando que Bona-



El castillo de Marracq, alojamiento de Napoleón en Bayona.

parte, cuyas tropas se despliegan por España con el señuelo de atacar a Portugal, tiene en proyecto colocar como rey de España a uno de sus hermanos.

La ineficacia de una monarquía corrupta y mal avenida está abriendo las puertas a que nuestro país cambie de manos. Es cierto que resulta com-

plejo desairar a Napoleón con parte de su ejército desplegado por territorio español pero ningún capitán debe abandonar el barco dejando al albur del viento enemigo a su tripulación. Ni Carlos IV ni Fernando VII han llegado a Bayona en condición de prisioneros. El control del país ha quedado en manos de una Junta de Gobierno sin autoridad moral ni política. En estos tiempos, cuando los correos tardan varios días en llevar órdenes y mensajes de un lado a otro, es incomprensible que esos gobernantes no hayan interceptado algún escrito de los que se intercambian Murat y Napoleón. Alguna filtración de esas cartas ha llegado al pueblo que se pregunta ¿quién será rey, Luis Bonaparte o su hermano José?

ría con sus tropas presentando armas, que le negó a don Fernando el pasado día 20, cuando éste entró en la villa conducido por el general Savary. Aparentemente distraído con las maniobras de su ejército, Napoleón no se molestó en salir al encuentro del príncipe de Asturias, aunque más tarde acudió a saludarle al hotel Dubroc, un modesto palacete poco digno de albergar a la realeza. Como prueba elocuente de sus preferencias, Bonaparte ha abrazado a su majestad Carlos y no ha hecho lo propio con don Fernando, a quien sólo le otorga el tratamiento de alteza. El cocinero de Napoleón pretende que los reyes degusten un invento culinario, denomi-

nado *foie-gras*, que consiste en hígado de oca trufado y que, por lo visto, extasia a los estómagos más refinados. A su vez, la reina está entretenida con las últimas modas y afeites parisienses. La emperatriz Josefina le ha enviado, además, a su peluquero personal.

Pero, aquí, en Bayona, las desavenencias familiares borbónicas se están poniendo de manifiesto de manera descarnada y a la vista de todos. En el besamanos organizado tras su llegada, ceremonia que tanto desconcierta en estas tierras, don Carlos no correspondió, siquiera, al saludo de su hijo. Permaneció envuelto en un halo de pesadumbre y enojo, y sólo la aparición de Godoy, hospedado

fuera de la ciudad, y la del conde De la Fuente lograron iluminar su apagado semblante. A ojos franceses, la reputación de la familia real se ha degradado, al punto de que los redactores del periódico oficial del imperio, *Le Moniteur (El Maestro)*, no se recatan en hablar del "infortunado monarca español víctima de la conspiración de su hijo", y hasta osan vilipendiar a la reina con epítetos malsonantes y comentarios ultrajantes del estilo de que "su pésimo peinado le confiere un aire de momia loca, como de villana ruin", y de que "a sus 60 años, lleva un acusado escote y no porta guantes, pese a que viste de manga corta". Aunque los altos

dignatarios del reino guardan gran silencio, estos y otros hechos nada anecdóticos alimentan la vertiginosa sospecha de que la Corona de España está abandonada a su suerte en tierra extranjera, en una puja familiar en la que Bonaparte se reserva la solución final. ¿Cómo no alarmarse ante los rumores que circulan entre los sefarditas del barrio del Saint Esprit que dan cuenta de que el emperador ha dispuesto hacerse cargo del trono de España? ¿Cómo no preguntarse si Bayona es hoy la gran celada bonapartista, la disimulada prisión a la que la familia real habría sido conducida arteramente con el impulso de sus propios arrebatos?